

había logrado desprenderse aún del vasallo. Los gobernantes tuvieron la mala idea de aprovecharse de aquella depresión para recabar la sumisión completa. El veintiséis de Mayo, el conde de Montecuculli ordenó disolver la legión académica, la fuerza viva de la revolución, cerrar las puertas de la ciudad y disponer la guarnición para el combate. No era todavía hora. Estudiantes, burgueses, obreros, todos corren á las armas. Un soldado mata de un bayonetazo á un burgués, y en un cerrar de ojos las calles se erizan de barricadas. Un comité de seguridad, formado espontáneamente, representa al gobierno los deseos del pueblo, y después de largas negociaciones, el ministerio cede, prometiendo apresurar la reunión de la Dieta, instar la vuelta del Emperador y gobernar lealmente, conforme al espíritu de las concesiones del quince de Mayo. La tentativa reaccionaria había fracasado. Comprendiéndolo así, el Emperador, en sus proclamas de tres y seis de Junio, sancionó todo lo hecho, y ya no se pensó más que en las elecciones generales. No queriendo aun volver, Fernando envió en representación suya á su tío, el popular archiduque Juan, que el diez y nueve de Julio constituía nuevo ministerio y el veintisiete abría la Asamblea, con un discurso francamente liberal. Pero nadie esperaba que la nueva era constitucional, abierta después de tantas luchas y agitaciones, hubiese de tener la mágica virtud de apagar las rivalidades de razas y unir á tantos y tan diversos pueblos en la idea de unidad.

La elección que el Emperador fugitivo hiciera de una provincia alemana para servirle de asilo, no fué caprichosa. Dada su crítica situación, conveníale en sumo grado no dar motivo á creerse que desertaba del suelo germánico. Hubiera podido retirarse á Pesth, de donde los húngaros le llamaban á voz en grito. Pero, aparte que no le gustaba entregarse á aquella nación altiva, exigente, que habría abusado seguramente de su desgracia, sabía que con ello disgustaría al emperador de Rusia, cuyo auxilio podía ser en breve su postrero recurso. Nicolás, en efecto, detestaba á los magyares, ya porque eran adversarios de la política moscovita en el Danuvio y enemigos de los eslavos del sur, á quienes él miraba con simpatía, ya porque los patriotas polacos hallaban en Hungría apoyo manifiesto. Hubiese podido refugiarse en Croacia, en Eslavonia; pero la preferencia otorgada á estas provincias que á la voz del ban Fellachich acababan de sublevarse contra la corona de San Esteban y aspiraban á formar una nacionalidad autónoma, habría exasperado á los magyares, á quienes le convenía tener contentos. Quedaba Bohemia, que se habría considerado feliz con hospedar al Emperador; pero no podía éste, sin disgustar á los alemanes, colocarse bajo la protección de los tchecos, que, aspirando también á constituirse en Estado, habían convocado para el treinta y uno de Mayo un congreso, donde deberían estar representadas todas las razas eslavas del Imperio, y se habían negado á enviar diputados al Parlamento de Francfort. Cabalmente, esta última Asamblea se ocupaba á la sazón, como acabamos de ver, en instituir un gobierno provisional del Imperio germánico, y si Fernando I no se manifestaba buen alemán, esto es, no volvía la espalda á los eslavos, su

influencia iba á ser excluida, sin la menor duda, de aquel gobierno. Por tanto, retirándose á un Estado alemán, el soberano austriaco obró con raro acierto.

Por otra parte, no tardó Fernando en dar pruebas más indubitadas de su germanismo. La guerra de razas había empezado en los dominios orientales de su Imperio. Rompiéronla los servios, apoderándose del arsenal de Titel, construyendo en Carlowitz un campamento, para la defensa del comité central, y ganando á su causa los confines militares. En estas circunstancias, Fernando desaprobó la conducta de Fellachich y le destituyó del cargo de ban de Croacia. El gran patriota croata se presentó en Inspruck á la cabeza de una diputación servo-croata, que fué recibida por el archiduque Francisco Carlos, esposo de aquella archiduquesa Sofía, que por su energía, audacia y discreción era el verdadero varón de la familia. En esta entrevista, celebrada el diez y nueve de Junio, parece se convino en que el gobierno austriaco, desaprobando paladinamente á Fellachich en nombre de la Constitución magyara, se le pondría poco á poco en situación de organizar el ejército destinado á aplastar á los magyares.

La otra prueba de germanismo que dió el Emperador fué el bombardeo de Praga. El treinta y uno de Mayo, se abrió en esta ciudad el Congreso eslavo. El espectáculo fué interesante. A la cabeza del cortejo marchaban los estudiantes, los cuerpos francos y hermosas amazonas; seguían representantes de los diversos pueblos eslavos, el eslovaco Urbano, el servio Karadjic, el polaco Lubomirski, el gran historiador Schafarik, el deserrado ruso Bacunino, croatas, eslavones, dálmatas, rutenos y otros. Palacki fué nombrado presidente. Praga ofrecía una faz extraña: los negocios estaban paralizados, las almas se entregaban á esperanzas y perspectivas risueñas. El despertar iba á ser terrible. El once de Julio, habiendo el príncipe Windisgraetz, comandante militar, rehusado armas, cañones y municiones á la legión de los estudiantes, éstos sublevaron la ciudad, que el doce amaneció erizada de barricadas. El palacio del príncipe fué atacado, y la princesa, habiendo cometido la imprudencia de asomarse á la ventana, cayó mortalmente herida. El trece y el catorce se sostuvo en las calles terrible combate. Windisgraetz, desesperado de reducir á aquellos insurrectos indomables, tomó el partido de evacuar la ciudad, instalar su artillería sobre el circo de montañas que la rodea y bombardearla. Bajo la lluvia de fuego y de hierro, que duró dos días, cuarteles enteros se desplomaron, sepultando bajo sus escombros á obreros, estudiantes, amazonas, que se batieron intrépidamente, y á no pocos alemanes enemigos de la insurrección. No hubo más remedio que rendirse. Las tropas entraron el diez y siete en Praga, y los tribunales marciales empezaron á funcionar sin piedad. La Asamblea eslava desapareció en la catástrofe.

No tardó Fernando en recoger los frutos de la conducta inhumana y poco sincera, pero hábil, que se le hiciera seguir. El partido de los Hapsburgo, muy poderoso todavía en Francfort, indujo á la mayoría del Parlamento á confiar el Vicariato del Imperio á un

príncipe austriaco, el popular archiduque Juan, que el veintiocho de Junio fué investido de aquella elevada dignidad y tomó posesión de ella el doce de Julio, el mismo día en que la antigua Dieta, que hacía varios meses sólo existía de nombre, fué disuelta solemnemente. En el ministerio que el Vicario imperial nombró, el principal puesto fué conferido también á un austriaco, el barón de Schmerling. Al mismo tiempo, el Parlamento, afirmaba sin ambages, que la causa sostenida por la corte de Viena en Italia era la de Alemania y que el mantenimiento de la autoridad de los Hapsburgo interesaba á todo el mundo germánico. Á coronar estos triunfos, vino la derrota de Carlos Alberto en Custozza el veinticinco de Julio.

Ensoberbecido con éxitos tan brillantes como inesperados, Fernando creyó llegado el momento de revolverse contra Hungría, que se mostraba cada día más exigente. No contento con haberse anexionado el diez y nueve de Junio la Transilvania, cuya población, en su mayoría rumana, no quería sufrir el yugo de los magyares, el Estado húngaro negaba á los eslavos del Sur, que miraba como súbditos suyos, el derecho á la autonomía, y su Parlamento constituyente, que se había reunido el cinco de Julio, formulaba pretensiones exorbitantes y prescindía de todas las instituciones del pasado. Mientras había tenido que habérselas con los italianos, el gobierno austriaco había tratado á los húngaros con gran consideración, aunque no sin tomar medidas indirectas para contener, en caso de necesidad, á aquella nación amenazadora, tal como la de consentir gustoso, con ocasión de haber estallado movimientos revolucionarios en Moldavia y Valaquia, que un ejército ruso de veinte mil hombres ocupase estos principados. Mas después de la batalla de Custozza, la corte de Viena resolvió apresurar, sin ayuda de nadie, la sumisión de los magyares. Fernando I, que hasta entonces había aparentado reprobación de la actitud de los eslavos del Sur, pero que en realidad no había cesado de alentarlos á la insurrección, comenzó á quitarse la máscara, y en el curso de Agosto, los magyares se convencieron poco á poco de que el Emperador y sus consejeros no habían cesado un punto de engañarles. El doce de dicho mes regresó Fernando de Insprück á Viena, pero se negó á ir á Pesth. Kossuth, resuelto á despejar la situación, propuso á la Asamblea, en la sesión de cuatro de Septiembre, que se dirigiese un manifiesto á Europa y se enviase una diputación al Emperador. La diputación, que partió inmediatamente, oyó en Schœnbrunn, de labios de Fernando, una respuesta graciosa, evasiva, que la aturdió, y su asombro y su furor subieron de punto al leer al día siguiente, diez de Septiembre, en la *Gaceta*, una carta del Emperador á su querido barón Jellachich, reintegrándole en todas sus dignidades é instándole á perseverar, para bien de la monarquía, en el camino que había emprendido. Todas las esperanzas de instituciones constitucionales se desvanecieron para los húngaros. El doce de Septiembre llegó á Pesth la noticia de que Jellachich, repuesto en su cargo de Ban, había pasado el Drave.

La alianza innegable de la corte de Viena con Rusia, á la que Alemania miraba entonces como su peor enemigo, y con los eslavos del Sur, además de indisponerla con los húngaros, había de enagenarle las simpatías del mundo germánico. Otro motivo de resentimiento tenía á la sazón el Parlamento de Francfort con Austria, cual era la sospecha de complicidad del Emperador con las potencias que en estos mismos instantes contrariaban en Dinamarca los deseos de la nación alemana. La corte de Copenhague, injustamente atacada é incapaz de resistir por mucho tiempo, no obstante el vigor de sus tropas, había solicitado el concurso de todos los Estados interesados en mantener la integridad de una monarquía que parecía destinada á sostener el equilibrio marítimo en el Norte de Europa. Ya en el mes de Mayo, Suecia é Inglaterra habían obligado á Prusia á evacuar la Jutlandia, y luego, de acuerdo con Rusia, habíale impuesto, el dos de Julio, un armisticio. Pero la corte de Berlín se había valido del Parlamento de Francfort para desechar este arreglo. En Agosto intervino á su vez Francia, reintegrada merced á Cavaignac en su libertad de acción, y sus esfuerzos, unidos á los de los gobiernos mencionados y secundados secretamente por Austria, dieron por resultado un segundo armisticio por siete meses, favorable á Dinamarca, que se concluyó en Malmoe el veintiséis de Agosto. Prusia hubo de tascar el freno. El Parlamento de Francfort lo rechazó primero con indignación; mas luego, reconociendo la imposibilidad de eludirlo, lo ratificó el diez y seis de Septiembre. Su último voto, dado dos días después, provocó en las calles de Francfort violenta insurrección, y los representantes, viéndose perdidos, impetraron el auxilio de Prusia, que restableció con gran energía el orden en la ciudad. Pero los descontentos se derramaron á lo largo del Rhin, soliviantando los ánimos, produciendo en todas partes una agitación republicana semejante á la del mes de Abril. De nuevo acudió el Parlamento al gobierno de Berlín pidiendo que combatiese aquella demagogia, lo que realizó Federico Guillermo con no menos satisfacción que fortuna. Por estos pasos, el monarca prusiano, á quien los alemanes compadecían por haber tenido que sufrir la voluntad de Europa en Dinamarca y cuyas tropas vigilaban á la sazón la frontera de Francia, era designada por la opinión pública, cada día más claramente, como futuro jefe del Imperio germánico.

La corte de Austria, por lo contrario, era blanco de la reprobación de los alemanes y de la animadversión de los húngaros. Nuevas pruebas, más terribles aún que las precedentes, aguardaban á este gobierno en el mes de Septiembre. El Parlamento de Viena, donde, merced á sus manejos electorales, predominaba el elemento eslavo, disgustaba por sus tendencias no menos á la asamblea de Francfort que al ministerio de Pesth. El diez y nueve de Septiembre se negó á recibir, por ciento ochenta y seis votos contra ciento ocho, á una diputación húngara, á la que el pueblo de Viena tributó entusiasta ovación. Los magyares, amenazados por Jellachich y no pudiendo obtener del Emperador la orden